

# Doña Natalia, 1894-1979

por Carmen Castro

Le llegó la muerte suya tan ágilmente, que ella no la sintió. Era un nuevo acontecer de su vida —continuada secuencia de aconteceres insólitos— y no había por qué alborotar al entorno. Pasó la muerte, y dejó a Natalia dormida en el Señor. Estaba en Galicia, en su casa, la casa en que nació. Entonces dijo el médico que la niña nueva no podía vivir. Y ella decía siempre: “Mi padre plantó un roble junto a su mirador para celebrar mi llegada al mundo.” Lo decía como si su vitalidad procediera de aquel roble. Y en verdad que esta gallega —por nacimiento y parte de madre— emulaba en audacia a su paisana María Pita, la defensora de La Coruña contra Drake.

Estos hechos menudos que refiero tienen importancia porque la tuvieron para unas cuantas personas, señaladísimas —sus nombres están en las enciclopedias de muchos países—, que señalaron con sus vidas la de España. Doña Natalia es Natalia Barlomé, López, Cossío, de Jiménez Fraud. Era la hija mayor de Cossío, el historiador del Arte que puso al Greco de relieve entre nosotros, y a quien, si no fuera por más, le debemos sólo por ello horas felices ante el Greco, y gran prestigio en el mundo del Arte. A Natalia la eligió por nieta don Francisco Giner de los Ríos.

---

(1) Natalia Cossío, Vda. de Jiménez Frau, fue la madre de Manuel Jiménez, un gran funcionario de la UNESCO, fallecido en París el 17 de enero de 1978 y del que nos hemos ocupado en distintos números de nuestra Revista (N. de la R.).

Una noche que ambos regresaban de un concierto en el Real hacia la Institución Libre de Enseñanza, creación del "abuelo", y residencia suya puesto que se había integrado absolutamente en la familia Cossío, esa noche le dijo a la adolescente Natalia: "Me gusta verte andar, andas como persona libre." ¡Y qué andar más lleno de femenina dignidad y de armonía el de Natalia!

Natalia, digo, nació en Galicia, entre Coruña y Betanzos, en la finca San Victorio, en el mismo cuarto de bellas proporciones donde también había nacido su madre. Había mirlos en el jardín, que poblaban las coníferas de Nueva Zelanda, y una —un Ginko— del Japón; los rosales eran de Francia. ¿No parece un jardín de los inventados por Valle-Inclán? En un pabellón de este jardín —al que le decían "el Mirador"— dio Cossío forma definitiva a su estudio sobre el Greco.

Aquellos grandes pedagogos de la Institución —grandes universitarios— educaron a Natalia. Y ella asistió no sólo al desarrollo de aquella universidad soñada, sino a la fundación de las instituciones culturales reales que de ella surgieron: la Junta para Ampliación de Estudios y Pensiones en el Extranjero (hoy CSIC), la residencia de estudiantes que nació en Fortuny, 14, donde la visitó —1911— Alfonso XIII, y donde fue recibido por Santiago Ramón y Cajal, Ramón Menéndez Pidal y Amós Salvador, el ministro de Instrucción Pública. La visita alentó a la residencia... y llegó a escalar la "Colina de los chopos" —nombrada así por Juan Ramón Jiménez—, Pinar, 21. Y auspició la creación de la residencia de señoritas, Fortuny, 30... Y tantos centros y laboratorios más.

Natalia fue parte activa en la obra. Casada con el director y alma de la residencia, fue su media alma. Entre ambos —talento exquisito, firmeza sin estridencias, acogida y sugerencias incitantes para todo trabajo de los residentes— Alberto Jiménez y su mujer Natalia, realizaron lo que fue una de las obras clave de la cultura española. Sólo recordaré que los Nobel Cajal, Juan Ramón Jiménez, Ochoa eran residentes —residenciados o asiduos— de "La colina de los chopos".

Lo que no dicen los libros que mencionan la obra intelectual científica, histórica, artística de ese grupo que nació chiquito en la institución y creció tanto, es cómo era el temple personal de aquellos hacedores, su calidad moral, su valentía sin orgullo y sin filos hirientes, su inteligencia inseparable de su bondad, su sentido de la libertad personal que confirió siempre espacio a la ajena, su capacidad de trabajo, su exquisita educación, y su gran simpatía humana.

La educación de Natalia —ya se comprende— fue un primor.

Cuando Cossío iba de país en país estudiando su Greco se llevaba consigo a sus mujeres. Natalia lo ha contado en la preciosa conferencia "Mi mundo desde dentro" —1976— que Carmen Llorca tuvo el acierto de hacerle dar en el Ateneo madrileño. Y en ella refiere cómo "hasta 1936 viví en lo que podría llamarse una estufa. Sólo entonces empecé a

darme cuenta de que aquellos años —ya tan lejanos— no debieron de ser enteramente la vida usual española”. Y el Doctor Marañón lo dijo también —1936—. Nos habíamos creído que éramos cientos de miles los que vivíamos en la “estufa” donde cada cual podía cocer su saber a la temperatura debida, y éramos muy pocos en verdad.

Salida a Europa en 1936, Natalia siguió formando parte de la cultura europea, a cuyos hombres conocía, y a muchos de los cuales había hospedado en su casa-de-directores-de-la-residencia. Pero nunca perdió contacto con España: la peninsular y la que vagaba o se radicaba mundo adelante.

Se ha perdido la ocasión de preguntarles a cuantos acompañaron a Natalia en su sepelio quién era ella, y por qué ellos estaban allí. Todos lo sabían bien, desde el último y la última que la tuvieron en su casa gallega el día final —Augusto Assía y María Victoria España—, y que la volvieron a San Victorio sana y buena, hasta los que trajeron su cuerpo desde allí a la tumba de los romeros, en el cementerio civil madrileño. Estos hombres, como tantos más de su vecinanza, habían recibido las bondades de la señora, la señorita Natalia. A este cementerio casi ecuménico “avant la lettre”, donde los fieles a sus ideas entre sí dispares y divergentes siguen respetándose entre sí, y respetándonos a los demás nacidos, acudieron gentes de UNESCO, Organización de la que el hijo de Alberto y Natalia fue muy señalado funcionario, y cuya labor en Iberoamérica no sé si la hemos valorado en España debidamente. Y acudieron gentes de Londres, porque es marido de la hija Natalia un juez londinense, hijo de lores. Los demás... residentes, amigos, familiares... Y al fondo el Guadarrama, que quiso dar su destello de sol meridiano a una de sus primeras esquiadoras —corría el año ocho...

Tanta medida, tanta elegancia y belleza personales, tanta bondad doblada de inteligencia dejan una estela joven y viva. Natalia nos ha dado, durante su larga vida no envejecida nunca, una lección de convivencia, una lección de lo que es tender la mano a las personas con generosidad inteligente. Porque ha sido una gran creadora de paz, ha recibido del Señor tan buena y bella muerte, en la casa donde nació, sin causar estragos materiales en nada ni en nadie; sólo en el sentir se siente el eco de su adiós... largo. En Dios nos hallaremos con ella, si Dios nos da su Paz a todos.

